

bargo de haberlas recaudado oportunamente, ps. 12000
 Por las cantidades percibidas ilegalmente como intereses i costas en los cobros por catastro i que deben ser devueltas a los agricultores estafados ps. 3500
 Usufructos, por menor, en 13 años de unas propiedades en depósito por cuenta del Fisco. Esta partida no pudo ser cargada en las cuentas del señor Fabres por no estar aun liquidada, ps. 2000

Bancarrota total de Marti-
 nez, ps. 29500

Ahi están los testimonios de la criminalidad de un hombre para quien, las autoridades del departamento, algunas personas de honor estraviadas por ellas i hasta el mismo Intendente de la provincia, solo tienen no compasion, sino el mas vivo interes, las atenciones mas solícitas. Véalos quien quiera i con la mano en el corazon conteste ¿es criminal ese hombre? i si lo es ¿cómo podrán apellidarse los que hacen gala de identificar su suerte con la de él? No se sabrá contestarnos: el vocabulario de la lengua carece de una palabra propia a la idea que ello sujere. Pero, el hecho existe.

M. Novoa.

(Continuará.)

Al famoso don Antonio Concha.
 Talca, diciembre 16 de 1862.

Una lluvia de desvergüenzas i de improprios está arrojando sobre mi su acreditada imprenta, señor Concha, con motivo de las revelaciones que contiene el artículo que publicó en el núm. 323 de la *Voz de Chile* acerca de nuestro señor Intendente Rodríguez. Como esas publicaciones son anónimas i tienen un origen tan espúreo, me guardaré de darles contestación mientras no parezca la floricomía de sus autores.

No sucede otro tanto con Ud., señor Concha, pues Ud. firma aquel pequeño artículo en que llama infame i vil superchería lo que he referido sobre el señor Rodríguez. Yo no acostumbro, señor Concha, excusar las pruebas, como Ud. escudándose con los favores que conceden las leyes. He acusado sus palabras ante el jurado i espero que allí me presente Ud. los comprobantes de su aseveracion, así como yo presentaré los míos. Pienso despues publicarlos; pero si Ud. desea conocerlos desde luego, puede pasar a mi casa a imponerse de ellos. Este paso habria sido mas racional i prudente antes de injuriar.

Como tengo motivos para saber que Ud. es cómplice en las demas injurias i diatribas que se me han prodigado porque he tenido el valor de la justicia i de la verdad para hacer pública la falta de palabra de un mal mandatario, le haré otra advertencia, o mas bien, una propuesta. Si quiere Ud. ser tan conocido en Santiago como en Talca, i desea que el público se imponga de sus faltas i defectos, enténdámonos en franca i leal contienda. Renuncie Ud. el privilejio que le concede la lei de imprenta de no admitirse pruebas sobre sus obras i las pondré en boca de la fama para que se immortalen. Por lo que respecta a mi humilde persona, sepa Ud. desde ahora, aunque ya lo habrá sabido de antemano, que tengo suficiente franqueza para permitir que Ud. i quien quiera se ocupen de mis actos, teniendo a honor i deber admitir la prueba antes que rechazarla.

Veá, señor Concha; no es propio de caballeros entorpecerse con el ultraje i la calumnia, i descender al bajo i sucio terreno de las personalidades.

No le digo esto porque crea que un sujeto tan caracterizado como Ud., recurra a esas armas vedadas, sino porque deseo indicarle el modo i forma en que podemos entendernos.

Soi de Ud. afectísimo i S. S.
 José F. OPASO.

LA VOZ DE CHILE.

SANTIAGO, DICIEMBRE 18 DE 1862.

La Union Americana i el Gobierno de la Confederacion Argentina.

No es un signo de muerte para las ideas que se las discute de distintos modos, que se las examine de diferentes puntos de vista ni aun que se las rechace i se las condene, porque no se anulan a ciertas formas oficiales en las que habrian de haber para merecer recibir el sello de la aceptación: no, por el contrario, es un signo de vitalidad i una prueba de que esas ideas corresponden a las exigencias de nobles sentimientos i de poderosas aspiraciones que se temen sean arrastrados i dominados por ellas.

Un ejemplo de esto, encontrarán nuestros lectores en los documentos, relativos a la idea de la Union Americana, cambiados entre la legacion del Perú i el Ministerio de R. E. de la Confederacion Argentina i los cuales publicamos hoy mismo en otra parte del diario para poner a nuestros lectores al corriente del modo como se juzga una cuestion que se ha conquistado i merece el aplauso i el apoyo de todos los buenos americanos.

Para colocar las cosas en su verdadero sentido, es menester que comencemos por decir que la apreciacion que el señor Ministro de R. E. de la Confederacion ha hecho de la idea, ha sido motivada por una nota del Plenipotenciario del Perú, acompañando el tan conocido tratado tripartito; i que por consiguiente, quizá el juicio emitido se resiente de la influencia que la perversa i ya condenada inspiracion de Montt, Castilla i Urbina, haya ejercido en la mente ilustrada i por lo mismo, tanto mas escandalizada de las pretensiones del señor Seoane i de los absurdos, necedades i atrocidades de la triple alianza de gobernantes sin prestigio, sin jenerosidad i sin vergüenza.

Si el señor Elizalde se hubiera ceñido a rechazar, como base de negociacion, ese desahellado i infame tratado que no han podido aprobar sino los autores que fraguaban en él una arma contra sus enemigos, nada mas que elojios tendríamos para sus palabras; las cuales concuerdan con lo que nosotros mismos, la «Union Americana» i todos los que han examinado ese documento de la insensatez de unos cuantos gobernantes, que no de la union de los países de América, han escrito.

Pero el señor Elizalde no solo rechaza esa forma espúrea de la idea de la Union Americana sino la idea misma, como quimérica i hasta como injusta i aun contraria a la civilizacion.

Viniendo esa censura del Ministro de uno de los países mas importantes i del consejero de uno de los mas nobles i aplaudidos

mandatarios de Sud-América, merece que la examinemos i tratemos de desvanecerla.

Dos partes bien distintas contiene la nota del señor Elizalde: una jeneral i relativa a la idea misma de la Union Americana, i la otra particular i relativa al documento ya en valor que el Plenipotenciario sometia, no ya a su discusion, sino a su aprobacion. Respecto a esta segunda parte nada tenemos que decir i nada diremos: la argumentacion lógica, franca i clara del señor Elizalde casi no deja que desear; mas no sucede lo mismo respecto a la primera i a esa vamos a contraernos.

Comienza el señor Elizalde por negar la existencia de esa amenaza, de la cual los sucesos de Santo Domingo i Méjico, son una bien palpable manifestacion, contra la independencia i la democracia americanas; i negándola, niega de golpe la necesidad i aun la posibilidad de que la América llegue nunca a formar una entidad política. Para ello, se funda en la diversidad de naciones, en el poder que han adquirido i en las profundas raíces que han echado nuestras instituciones; lo cual haria mirar como una locura que siquiera se intentase por las potencias europeas, cuyos pueblos están ligados por vínculos estrechos con los nuestros a los cuales han traído i traerán siempre los únicos i verdaderos elementos de cultura i de progreso.

El señor Elizalde afirma que si alguna vez las naciones europeas han pretendido algunas injusticias de los gobiernos americanos, éstos han sido hechos aislados que no constituyen una política ni de ellos se deduce que haya un elemento europeo antagonista de un elemento americano.

Es raro que, contra el testimonio de la historia, contra la voz misma de los promotores de una política de hostilidad a la democracia i a la independencia americanas, el señor Elizalde afirme que no hai motivos para creer que se las amenace.

No estábamos todavía, cuando el Gobierno francés, a instigaciones de Mr. de Chateaubriand ligado con el español i esperanzado en el apoyo de algunos americanos, queria imponernos, como poco despues lo hicieron a la Grecia, sus vástagos que ellos llamaban ilustres i que nos habrian sido funestos.

Desde entónces, como lo prueban documentos públicos, si no se ejecutaron actos i no se tramaron maquinaciones insensatas nunca salió de la mente de los estadistas europeos i principalmente de los franceses i españoles que nuestra independencia era una planta fácil de arrancar porque, creyendo a escritores despechados, la juzgaban planta venida extemporaneamente i para dar tan solo venenosos frutos.

Quién no recuerda palabras de hombres tan notables como Mr. de Chateaubriand que confirman esto? i cuántos hasta nuestros dias no las han repetido i las repiten en los Congresos i en los periódicos oficiales i oficiales de Francia i España? Allí están el Monitor, la Gaceta oficial, que contienen muestras del pensamiento de las cortes de Paris i de Madrid acerca de estos países a quienes se haria mucho honor i el mejor de los regalos haciéndoles vestir las libreas de los palacios reales.

¿Será menester recordar al señor Elizalde multitud de reclamaciones, como la de Lafort en Chile, la de cien i cien en el Perú, la de Canstatt en el Paraguay, las de Levrault en Venezuela, las de Saligny en Méjico que prueban que hai una política especial para nosotros i no, por supuesto, para favorecerlos?

Se ha olvidado el señor Elizalde de la facilidad con que el Napoleon de la paz, entró en la loca expedicion preparada, junto con el Gobierno español, en el año 1846 i la cual se deshió por haberse hecho los matrimonios de la Reina i de la Infanta de España contra el gusto i las pretensiones de Inglaterra? Ni recuerda ya declaraciones oficiales, hechas ayer no más, como las contenidas en el preámbulo de la lei de anexión de Santo-Domingo a España? ni las palabras de Calderon Collantes i de Pacheco, Ministro de Relaciones Exteriores el uno, i el otro embajador de España, sobre la necesidad, la urjencia i las ventajas de monarquizar la América? ni los impudentes discursos del ministro imperial sin cartera i sin vergüenza? ni el convenio de Laredo tan bien explicado por Mr. Thouvenel que sabia tomar en cuenta las emergencias posibles del negocio? ni los escritos de los senadores i consejeros de Estado como M. Chevalier?

Muchas páginas podríamos llenar, haciendo puramente el inventario de las palabras i los actos oficiales que demuestran i comprueban que, si bien no existe antagonismo entre los pueblos europeos i los americanos, es muy real entre los gobiernos de Europa i las repúblicas de América.

Nosotros no hemos creado ni queremos conservar ese antagonismo que existe entre las cortes de allende i los pueblos de aquende el Atlántico; i cuando provocamos a la union de los segundos contra las primeras, sabemos muy bien que en la guerra que les declaramos, nos acompañan los mismos pueblos europeos, cuyos votos, cuyos deseos i cuyos destinos son los mismos que los nuestros. La solidaridad que existe, demostrada por la industria, la ciencia, el arte, la moral, la historia, entre los individuos, existe tambien entre los pueblos; i no somos ni seremos nosotros, los que queremos la union Americana, los que vayamos a atentar contra ese sagrado principio; pero la solidaridad que reconocemos i acatamos entre pueblos europeos i americanos, no podemos reconocerla ni acatarla entre las cortes de Europa i nuestras democracias.

Los gobiernos europeos están muy lejos de representar a sus pueblos i no es el pensamiento, al interes, a la felonia de ellos, a los que podemos confiar nuestro porvenir. ¿Napoleon el perjuro, O'Donnell el renegado, Palmerston el arlequin político, habian de ser para nosotros las encarnaciones de los nobles, jenerosos i grandes países de Francia, España i Inglaterra? Oh! no; allí están Favre i Quinet, Rivero i Mora, Mill i cien otros, que nos dicen que lo que se hace en nombre de ellos se hace tambien en contra de ellos.

Ademas, la idea de Union Americana no es un plan de guerra contra la Europa, la cual ganaria inmensamente en que la accion de sus gobiernos pudiera encontrar ese contrapeso que equilibraria talvez el mundo de la civilizacion; la union, aun cuando haya vuelto a ocupar la mente i el corazon de todos al ruido de las armas alevosas que han ido a herir a los ciudadanos de Santo Domingo

go i de Méjico, tiene por mira la paz i la concordia, no solo de nuestros pueblos, sino de todos.

Respecto a la posibilidad de realizar la Union Americana, en la cual no cree tampoco el señor Elizalde, solo diremos que toda idea, antes de realizarse, tiene que desair dificultades, vencer inconvenientes, avasallar obstáculos que se presentan tanto mas numerosos i mas fuertes cuanto son mayores el alcance i los resultados de esa idea; i los de la Union Americana son tan grandiosos que no serán pocos ni negligentes los esfuerzos que hayan de hacerse para realizarla.

Toda nacionalidad, toda entidad política, antes de formarse, ha sido tan difícil, tan quimérica como lo es actualmente la Union Americana; i en testimonio de ello allí están las historias de España, de Inglaterra i sobre todo de Francia que pasa por ser la mas unificada. Cuántos siglos, cuántos años, casi íbamos a decir, cuántos meses tienen de existencia la unidad francesa, inglesa o española?

Es demasiado repetida esa objecion de imposibilidad, i tan desmentida como repetida, para que vayamos a atribuirle una fuerza que no le dan los fundamentos en que la basan los que la formulan. La diversidad de ideas de que habla el señor Elizalde, vendria a ser, como la diversidad de las nubes, el elemento indispensable para formar una perfecta armonia; en ella misma se encontraría la mas sólida base para la Union, pues no se unen bien sino las individualidades que tienen vida propia i pueden existir por i para sí mismas.

Pero inútil seria alargarnos todavía más. Estamos en América, estamos en el país de lo irrealizable, de las quimeras; en el país que el loco de Colon vino a descubrir apesar de la mofa de los grandes i los sabios de Europa, apesar de las iras de sus compañeros i apesar de los débiles instrumentos que tuvo a su disposicion, para mostrar al mundo que los que deliran suelen no ser los que van en busca de lo desconocido. Ese sentido positivismo al cual se querria sacrificar toda noble idea que lo contradice, tiene sus visiones i sus delirios; i bajo el imperio de ellos ha escrito el ilustrado Ministro de la Confederacion.

No; la quimera de la Union Americana no es mas irrealizable que lo que lo fué la heroica i tambien condenada quimera de nuestra Independencia. Para que se convierta en un hecho, necesita, lo que necesitan todas las grandes ideas: esfuerzos, sacrificios, entusiasmo, fe, inteligencia, perseverancia i abnegacion. Las almas de los individuos i de los pueblos americanos estarían destituidas hoy de esas grandes cualidades de que ayer no mas dieron tan numerosos i tan sorprendentes pruebas? El pueblo, los hombres que rodean al señor Elizalde han contestado i contestan harto claramente; i por eso no estrañamos que, apesar de la decision del estadista para rechazar la idea de la union, broten de su pluma frases que atestiguan que el mismo sentimiento que dicta nuestras palabras ha dictado muchas de las suyas.

Sin embargo, i antes de concluir, debemos exponer la causa que induce al Ministro del Jeneral Mitre a formular opiniones tan contrarias a las que debiamos esperar de los grandes principios i de los jenerosos sentimientos a que ellos han consagrado su vida.

Apreciando mal la idea de la Union i viendo solo en ella una arma de ataque contra la Europa, i no una barrera contra las malas artes de sus gobernantes, han creído el señor Elizalde i una parte de la prensa de Buenos Aires, que aceptándola, perjudicaban a sus intereses i a su prosperidad.

Inútil nos parece insistir en demostrar tal error i no necesitamos probar que la propaganda i la realizacion de esa grande idea, que vendria a ser la coronacion de nuestro pasado, la consolidacion de nuestro porvenir, no son un estáculo para el comercio, la industria i el bienestar de la República Argentina. Las empresas grandiosas, por lo mismo que necesitan de fuerzas colosales, no alejan sino que atraen, unen, i por la union, centuplican el poder de los hombres.

Nos hemos detenido tan'o en examinar las opiniones del señor Elizalde porque vemos en ellas el pensamiento de un hombre como el jeneral Mitre, quien mejor que ningun otro, por su posicion, por su pasado, por su carácter, está en aptitud de comprender la grandeza de la obra i de darle el mayor impulso.

La idea habria honrado a su inteligencia; i ¿qué hombre habria sido mas digno de intentar llevarla a cabo que aquel que, en el desierto, en su patria, con la pluma, con la voz, con la espada, como hombre privado, como hombre público, ha sido siempre el defensor, el promotor, el propagador de las mas nobles i mas justas causas? aquel que hoy mismo, cuando todavia humea la sangre derramada en guerras fratricidas, realiza, a la cabeza de un pueblo que vive en él i en quien el vive, la quimera del gobierno de la libertad, de la opinion i del derecho?

Pero por desgracia i para que falte un esplendor a la aureola de su gloria, el jeneral Mitre no acepta la Union Americana, i desconoce los sucesos que la han preparado, la están desarrollando i que, sin duda, la llevarán un dia a su completa realizacion.

M. A. MATTA.

CORRESPONDENCIA DE PROVINCIA.

Valparaiso.

Diciembre 17 de 1862.

Conato de incendio. — Hoy al amanecer habia comenzado a incendiarse una casa del cerro de la Cordillera; pero lograron apagar el fuego los vecinos antes de que se diera la alarma. El fuego prendió en un lugar de la casa de facil acceso i a consecuencia de haberse incendiado materias inflamables colocadas espresamente por algun incendiario. La casa no estaba asegurada i la persona que la habita habria perecido probablemente si el fuego hubiera llegado a tomar cuerpo sin ser notado.

Se hacen pesquisas para descubrir al criminal. El Hospital obtuvo seiscientos un pesos cincuenta i cinco centavos como producto del beneficio dado por los Less el 10, segun lo demuestra el siguiente pormenor:

Extrañas.

Ventas de 23 palcos de primer orden a 4 ps. 50 cts. ps. 103 50
 Id. de dos id. de tercer id. a 2 ps. 50 id. 5
 Id. de 240 lunetas a 50 centavos. 105
 Id. de 486 entradas a 75 id. 364 50
 Id. de 115 id. a 50 id. 57 50